

Mujer, trabajo y algo más

Por JACQUELINE RODRÍGUEZ PABLOS

Para una buena parte de la humanidad, especialmente para los pobres, el siglo XXI se vislumbraba como la posibilidad de establecer el ambiente de paz y armonía tan anhelado por los hombres y las mujeres del siglo precedente; sin embargo, irrumpen vientos que, como reza la vieja canción, nos bajaron de la nube y nos colocaron otra vez en una inquietante realidad.

Más que distenderse, se ha tensado la cuerda de una vida ya azarosa que deja cada vez más vulnerables a las personas de toda condición, poniendo el énfasis en aquellas que han sido siempre el blanco de los poderes de este mundo: dinero, tecnología, ideología...

Para la mujer, al igual que para los niños y los ancianos, el nuevo siglo deja caer las piedras de antiguas y recientes formas de humillación, opresión y explotación.

En el primer caso es como si se renovaran los viejos conflictos y actitudes de género que, unidos a la dinámica de la pobreza – cada vez menos dinámica, casi la incapacitan para poder cumplir su papel social, llevándole a asumir actitu-

des que nada tienen que ver con su carácter y condición.

Para la mujer, el acceso al trabajo sigue siendo uno de los graves problemas con el que tiene que lidiar en todas las latitudes. No basta con que se le reconozcan sus derechos en igualdad de condiciones desde el punto de vista laboral; es preciso desarrollar una concepción de índole formativa y educacional para que su dignidad no se vea afectada.

Debe ser la mujer la que mejor comprenda en qué consisten estos derechos y esta dignidad –a veces muy vulnerable– en relación con el mundo del trabajo y ser, en primera instancia, la mejor defensora y luchadora por esa dignidad que no se la otorga código o sistema alguno y que reside en su condición de Hija de Dios y colaboradora suya en el Plan de Salvación.

Considero que es a partir de ahí que se puede comenzar a detener la hasta ahora demoledora rueda que ha hecho de la mujer un objeto de placer, simple mecanismo de producción o servicios, o el contrincante al que hay que eliminar a toda costa porque ha puesto en ridículo a más de uno en

el plano doméstico o profesional.

Con las nubes gruesas que aún amenazan los tiempos que corren, no hay pobreza que pueda con una mujer digna, aunque la muerte por inanición sea su fin; no hay riqueza que no pueda alcanzar una mujer digna, aunque los valores de su existencia se anuncien en quiebra; no hay espacio social al que no pueda acceder una mujer digna, aunque tenga que sortear innumerables obstáculos; no hay sufrimiento que no sepa llevar una mujer digna, aunque sea incomprendida por sus congéneres.

No hay ni habrá trabajo que no se torne decoroso en manos de una mujer digna porque ella, con su capacidad y diligencia probadas y su afán de progresar por los suyos y por ella misma, sabrá imponerle el sello de la consagración.

Vale decir, finalmente, que no hay ni habrá plegaria que no escuche Dios de los labios de una mujer digna si con ella pone en manos del Creador su familia, su trabajo, su profesión y sus fuerzas para que sirvan al progreso, a la justicia y a la paz.